

# La universidad de la exigencia y el mérito

MARIANO MARZO\*

LA VANGUARDIA, 30.03.09

Hasta fechas recientes, el debate mediático en torno al proceso de Bolonia ha quedado eclipsado por el impacto ejercido por la jornada de violencia vivida tras el desalojo del rectorado de la UB. Estos hechos han sido tratados desde una óptica sensacionalista o como munición para el debate político. Quizás, en estos momentos de calma relativa, resulte más constructivo replantearse el tema Bolonia con el propósito de analizar y debatir los problemas que afectan al mundo universitario.

Entre estos se encuentra la cuestión de cómo construir una universidad pública de calidad, al servicio de la sociedad, abierta a todos y que sólo excluya a quienes no acrediten suficiente esfuerzo y mérito. Soy un firme defensor de la universidad pública porque la igualdad de oportunidades es un derecho fundamental en democracia. También soy de los que creen que el proceso de Bolonia ofrece más oportunidades que desventajas y que el minoritario colectivo que se opone a este proceso, en ocasiones con métodos reprobables, no sólo contribuye a deteriorar el prestigio de la universidad pública, sino que compromete seriamente su viabilidad futura. En cualquier caso, un análisis de ciertas particularidades de la movilización anti-Bolonia, como, por ejemplo, que las protestas no se hayan extendido por Europa, concentrándose especialmente en Barcelona y de manera singular en algunos centros, no hace sino certificar la mala salud que con anterioridad a las protestas aquejaba ya a parte de la universidad pública catalana.

Sin duda, el análisis y diagnóstico de dichos males resulta una tarea ardua. Intervienen multitud de factores históricos, tanto sociales como políticos, la diversidad inherente a la personalidad propia de los diferentes centros y titulaciones, la mayor o menor disponibilidad de recursos, la mejor o peor gestión, etcétera. Asimismo, la problemática existente incumbe a todos los estamentos universitarios, es decir, a profesores, estudiantes y personal de administración y servicios.

Centrándonos exclusivamente en los estudiantes, mi experiencia como docente me indica que la falta de esfuerzo y exigencia durante la enseñanza secundaria se traduce, con excesiva frecuencia, en desmotivación y una deficiente preparación. De esta herencia nefasta tan sólo se salvan aquellos centros universitarios públicos que apuestan por mantener un alto nivel de exigencia, para lo que cuentan con la complicidad de un estudiantado que acepta y valora el reto. Sin embargo, aquellas facultades que tradicionalmente han optado por mantener el listón bajo acostumbran a acoger un porcentaje nada desdeñable de universitarios que no parecen tener plena conciencia de que sus estudios representan una inversión de futuro a corto plazo. Para muchos de ellos se trata de ir tirando, como en la secundaria, sacándose asignaturas de encima, aunque para ello se tarde mucho más tiempo de lo razonable y del que resulta económicamente soportable. Se sustituye el préstamo bancario por la donación a fondo perdido y a largo plazo de los padres. Y en el caso de que estos no puedan, se trata de organizar los estudios como una actividad a tiempo parcial, de ratos libres que debe compaginarse con algún trabajo más o menos estable. Una actitud de "buen rollo" aparente, que oculta una peligrosa frustración latente y que contrasta radicalmente con la práctica de muchos otros jóvenes universitarios europeos que consideran básico para su realización

personal entrar en el mercado profesional a los veintiún años. Por otra parte, por las razones expuestas y otras de carácter cultural e ideológico, en general, la movilidad y el dominio de lenguas no figuran entre las prioridades de un número todavía demasiado elevado de universitarios catalanes.

Nuestra universidad pública debería basarse en un generoso sistema de becas y estímulos para aquellos que se esfuerzan, pero también debería cerrarse a cal y canto al despilfarro, la desmotivación y a ciertas visiones excesiva e interesadamente localistas.

\*M. MARZO, catedrático de Recursos Energéticos, Facultad de Geología, Universitat de Barcelona